

Quando enviudó la baronesa Michel de la Logerie, tenía un hijo.

Era la baronesa una de esas mujeres dotadas solamente de virtudes negativas y que tanto abundan en el mundo: no tenía vicios; no había conocido ni por asomo la menor pasión. Uncida á los diez y siete años al yugo matrimonial, habíalo sufrido sin desviarse nunca de la buena senda y sin tomarse siquiera el trabajo de inquirir si había otra mejor: jamás se le había ocurrido que una mujer pudiese rebelarse contra aquel yugo, y al recobrar su libertad, lejos de regocijarse, se amedrentó é instintivamente buscó otro. Hallólo en una devoción exagerada y cual suele acontecer á todos los ánimos apocados, empezando desde entonces á vegetar entregada fervorosamente á una devoción mal entendida.

La baronesa creíase buenamente una santa: asistía con regularidad á los oficios divinos, guardaba rigurosamente los ayunos, observaba todos los preceptos de la Iglesia, y de seguro, si alguien le hubiese dicho que pecaba siete veces al día, la habría admirado sobremanera. Y sin embargo, era así, pues bastaba fijarse en su falta de humildad para sorprenderla cien veces al día en delito flagrante de contravención á los preceptos del Redentor, por cuanto su orgullo aristocrático rayaba en demencia.

Hé aquí porque el socarrón de Courtin, que llamaba al hijo señor Michel á secas, siempre había tenido buen cuidado de dar el tratamiento de baronesa á la madre.

La señora de la Logerie miraba naturalmente á la sociedad y al siglo con horror, y ni siquiera leía la gacetilla de los tribunales, sin acusar de la más negra inmoralidad á los hombres y al siglo. A su decir, la edad de fuego empezó en 1800, y partiendo de este principio, su primer cuidado fué preservar á su hijo del contagio de las ideas del día y educarle lejos del bullicio y los peligros del mundo; no permitiendo que nadie se inmiscuyera en la dirección de sus estudios ni hablase de los establecimientos de educación pública, pues tampoco la inspiraban gran confianza los colegios de los jesuitas, á causa de la facilidad con que transigían los buenos Padres con las obligaciones sociales de los jóvenes que se les confiaban. Si el joven Michel recibió algunas lecciones de los extraños á quienes se tuvo que recurrir indispensablemente para enseñarle las ciencias y las artes que un joven no puede en manera alguna ignorar, fué siem-

pre en presencia de su madre y con arreglo al programa por ella aprobado, pues á nadie quiso la baronesa confiar la dirección de los estudios del niño, y aun menos la parte moral de su educación.

IX

GALÓN DE ORO Y ALLEGRO

No le habían engañado al baroncito sus medrosos presentimientos, pues conforme lo había previsto, su madre le amonestó con vigor.

Demasiado había comprendido la baronesa que la herida de su hijo no podía dimanar de un simple arañazo; mas no acertando á adivinar qué interés podía tener en ocultarle su verdadera causa, y plenamente persuadida por otra parte de que por más que le interrogase no lograría averiguar la verdad del hecho, no cesaba de observar aquella herida misteriosa y movía la cabeza arrugando la frente en actitud meditabunda.

Durante la comida dió el joven frecuentes muestras de desazón, tuvo los ojos constantemente bajos y apenas probó bocado; pero es preciso decir en honor de la verdad que no era el continuado examen de su madre la única causa de su perturbación.

Parecíale ver flotar entre sus ojos y la mirada de su madre dos sombras amigas, imágenes de Berta y Mary.

· Teníale la primera muy agitado y curioso: ¿quién será, decía entre sí, esa amazona que maneja la escopeta como un cazador, venda las heridas como un cirujano, y cuando encuentra resistencia en el paciente le sujeta con sus blancos y delicados dedos cual pudiera hacerlo Juan Oullier con sus fuertes y callosas manos?

Y ¡cuán encantadora era también Mary con su luenga y rubia cabellera y sus rasgados ojos azules! ¡cuán tierno y persuasivo su acento! ¡con qué suavidad y ligereza había puesto los dedos en la herida, restañado la sangre y aplicado el vendaje!

A decir verdad, lejos de sentir su herida, el alborozado mancebo congratulábase de ella al pensar que á no ser aquel accidente las dos jóvenes no le habrían dirijido la palabra ni se hubieran ocupado en él.

Apesadumbrábale sin embargo una consideración algo más grave por cierto que la herida, y era el disgusto que á su madre había causado y las sospechas que ésta no podía menos de alimentar á pesar de su fingimiento; pero el enojo de la baronesa debía aplacarse tarde ó temprano, al paso que no podía en manera alguna desvanecerse la impresión que en el ánimo le habían dejado los pocos segundos durante los cuales tuvo en su mano la de Mary.

Así es que cual todos los que comienzan á amar, sin sospecharlo todavía abrigaba vivos deseos de estar solo, y terminada la comida, mientras su madre estaba hablando con un criado, salió sin oír ó sin comprender las importantes palabras que ella le dirigía.

La señora baronesa de la Logerie prohibía á su hijo que pasease por la parte de San Cristóbal de Liguéron, endonde al decir de su criado reinaba una fiebre maligna, y en segundo lugar ordenaba que se estableciese en derredor de la Logerie un cordón sanitario, para que no pudiese entrar en el castillo ningún habitante de la aldea infestada del contagio.

La orden debía empezar á regir acto continuo, comenzando por una joven que iba á implorar la caridad de la señora baronesa en favor de su padre atacado de la fiebre.

De seguro que á no estar Michel tan ensimismado hubiera prestado alguna atención á las palabras de su madre, pues el enfermo era el colono Tinguay, marido de su nodriza, y la muchacha que venía á implorar socorros, su hermana de leche, Rosina, á quien profesaba el barón entrañable cariño.

Pero como en aquel momento dirigía sus miradas al castillo de Souday y estaba pensando en la encantadora loba llamada Mary internóse en lo más hondo y frondoso del parque sin parar mientes en lo que pasaba.

Había tomado un libro para salvar las apariencias; pero aunque llegó hasta el extremo del parque aparentando leer, en duró aprieto le hubiera puesto quien le hubiese preguntado el título de la obra.

Sentóse en un poyo y púsose á reflexionar.
¿En qué pensaba Michel?

La respuesta es tan breve como sencilla.

En la manera de ver otra vez á Mary y á su hermana.

A la casualidad debía que á los seis meses de su regreso al país tuviese por primera vez el gusto de encontrarlas, y como se ve, algo tardía había sido la casualidad.

Y si á esta se le antojaba tardar otros seis meses en proporcionarle un nuevo encuentro con sus vecinas, su corazón sufriría con tanta espera; fuera de que no era fácil entrar en comunicaciones con el castillo, pues no podía haber grandes simpatías entre el marqués de Souday, emigrado de 1790, y el barón Michel de la Logerie, noble del imperio.

Recordaba además la aspereza con que Juan Oullier le había hablado dejando entrever muy pocos deseos de trabar relaciones con él, y acabó por convencerse de que sólo podía contar con las dos jóvenes que tanto interés y solicitud le habían demostrado, ya bruscamente como Berta, ya con ternura como Mary; pero cómo acercarse á ellas, si las dos ó tres veces semanales que salían á cazar lo hacían acompañadas de su padre y de Juan Oullier?

Temeroso Michel de que no se le ocurriera algún medio ingenioso, propúsose leer todas las novelas que encontrase en la biblioteca del castillo, con la esperanza de excitarlo en una de ellas.

De pronto sintió que le tocaban el hombro, volviéndose algo asustado y vió á Courtin, cuya fisonomía expresaba una satisfacción que el colono no trataba de disimular.

—Dispensad, señor Michel; pero al veros ahí plantado como un poste, creí, ¡Dios me perdone! que erais vuestra estatua y no vos.—Pues ya ves que soy yo, Courtin.—De lo que me huelgo en extremo, señor Michel, pues á la verdad estaba ya impaciente por saber cómo os á ido con vuestra madre la baronesa.—¡Pésél ha regañado un poco, como era de esperar.—¡Ya lo creo, señor barón! ¿La habéis hablado de la liebre?—¡Quieres callar!—¿Y de las Lobas?—¿Qué Lobas? preguntó el mancebo, que no sentía entablar conversación sobre este punto.—De las Lobas de Machecul; creía haberos dicho que así llamaban á las señoritas de Souday.—¡Dios me libre! Se me figura que los perros de Souday y los de la Logerie no harían juntos muy buenas migas.—En todo caso, replicó Courtin con aquel aire taimado que á pesar suyo le caracterizaba, me atrevo á aseguraros que por vuestra parte podríais cazar con los suyos.—¿Qué quic-

res decir?...—Mirad, dijo Courtin tirando de un cordel y presentando en escena, por decirlo así, dos perros atraillados.—¿Qué es eso? preguntó el barón.—¡Pardiez! Galón de oro y Allegro.—¡Ya! pero ¿qué quiere decir, Galón de oro y...—Son los perros de ese pícaro Juan Oullier.—¿Y por qué se los has quitado?—¡Poco á poco! yo no se los he quitado; los he embargado.—¿Y con qué derecho?—Con dos: soy propietario y alcalde.

Efectivamente, Courtin era alcalde de la aldea de la Logerie, que constaba de veinte casas, y estaba muy ufano con su título.

—¿Quieres explicarme tus derechos, Courtin?

—En primer lugar, señor Michel, mi cargo me impone el deber de confiscarlos porque cazan en tiempo de veda.—A la verdad, no sabía yo que también hubiese tiempo de veda para cazar lobos; y como el señor de Souday es lobero...—Corriente; el señor de Souday es lobero, cace en buena hora los lobos en la selva de Machecul; pero que se abstenga de hacerlo en la llanura. Además, añadió luego con la trapacera sonrisa que le era peculiar, ya sabéis que no cazaban al lobo sino á la liebre, pues la que traíais la ha muerto una de las Lobas.

El joven estuvo para decir á Courtin que le disgustaba el apodo de *Lobas* aplicado á las señoritas de Souday; mas no se atrevió á formular su idea con tanta precisión, y respondióle:

—Verdad es que la señorita Berta la ha muerto, pero yo la habia herido, y por consiguiente yo soy el culpable.

—¡Ta, ta, ta! ¡Qué modo tenéis de mirar las cosas, señor barón! ¿Acaso le habríais disparado si los perros no la hubiesen acosado? A buen seguro que nó. Los perros tienen pues la culpa de que vos le hayais tirado y la señorita Berta la haya muerto, y por lo tanto yo castigo á los perros por haber dado caza á una liebre en tiempo de veda, so pretexto de perseguir el lobo. Pero hay más, señor Michel, además de alcalde soy propietario, y no les he dado permiso para cazar en mis tierras.—¿En tus tierras? exclamó riendo el mozo; me parece que te equivocas, Courtin, pues á no engañarme han cazado en las mías, ó por mejor decir, en las de mi madre.—Lo mismo da, señor barón, pues yo las he arrendado. Desengañaos, señor barón ya han pasado aquellos tiempos anteriores al 89 en los cuales los señores

tenían el derecho de pasar con sus jaurías por los sembrados ajenos y destrozarlo todo sin pensar en indemnizarlos. Las cosas han cambiado: estamos en 1832, señor Michel, y cada cual es dueño y señor en su casa lo propio que de la caza que mantiene; por consiguiente, la liebre que han cazado los perros del señor marqués es mía, pues se ha mantenido con el trigo que he sembrado en las tierras de la señora de Michel, y á mí me toca comer la liebre herida por vos y muerta por la Loba.

Michel hizo un ademán que Courtin observó; pero no se atrevió á manifestar su descontento, y repuso:

—Extraño que esos perros que no cesan de tirar de la cuerda y muestran tanta repugnancia en seguirte, hayan dejado que te acercases á ellos.—¡Oh! respondió Courtin, ha sido la cosa más sencilla del mundo. Figuráos que al volver de quitar la escala por la cual habíais bajado vos y vuestra madre, los he encontrado á la mesa.—¿Cómo á la mesa?—Ni más ni menos, comiéndose la liebre en el vallado donde yo la habia escondido. A lo que parece, en el castillo de Souday no se les trata muy bien, pues cazan por su cuenta. Ved, ipese á tal! en qué estado han dejado *mi* liebre.

Esto diciendo, Courtin sacó de la ancha faltriquera de su chupa la mitad trasera del animal, que constituía el cuerpo del delito.

La otra mitad habia desaparecido enteramente.

—¡Y pensar, prosiguió Courtin, que esos tunantes han hecho esta hazaña mientras os acompañaba! ¡Oh! algunas tendréis que hacernos matar, perillanes, si queréis que me olvide de esta.—Courtin, dijo el joven, permíteme que te haga una observación.—Podéis hablar sin rebozo, señor Michel.—Como alcalde, estás doblemente obligado á respetar la legalidad.—¿La legalidad? La tengo grabada en mi corazón. ¡Libertad! ¡orden público! ¿Acaso no habéis visto escritas estas tres palabras en mi alcaldía?—Entonces, razón más para que te diga que lo que estás haciendo no es legal, pues es una violación de la libertad y del orden público.—¡Voto á tal! exclamó sorprendido el labriego; ¿y los perros de las Lobas no perturban por ventura el orden público cazando en tiempo de veda en mis tierras? ¿No tengo el derecho de embargarlos?—No lo perturban, nó, señor; sólo lastiman los intereses privados, y por consiguiente no puedes ni debes confiscarlos, sino instruirles un proceso verbal.—¡Ah! perdo-

nad, señor barón, pero todo eso es música celestial. Si dejamos que los perros cacen á su sabor, contentándonos con instruir procesos verbales, no serán ya los hombres quienes disfruten de la libertad, sinó los perros.—Courtin, replicó el joven con la gravedad peculiar de los que han hojeado poco ó mucho algun código; veo que desgraciadamente estás en el mismo error que otros muchos, confundiendo la libertad con la independencia. *La independencia es la libertad de los hombres que no son libres, amigo mío.*—¿Pues en qué consiste la libertad, señor Michel?—*La libertad, querido Courtin, es el sacrificio que hace cada individuo de su independencia personal, para el bien de todos;* y en este fondo general de independencia es donde el pueblo entero y cada ciudadano en particular encuentra su libertad: nosotros somos libres, pero no independientes, Courtin.—Si lo entiendo que me emplumen, repuso Courtin; tengo en mi poder Galón de oro y Allegro, los mejores perros de la jauría del marqués, y no los suelto. ¡No! ¡que venga por ellos! yo le preguntaré qué hace en las reuniones de Tourfou y de Montaigu.—¿Qué quieres decir?—Nada, yo me entiendo.—Yo nó.—Ni es menester; vos no sois alcalde.—Es cierto, pero habito el país y me conviene estar al corriente de lo que pasa en él.—¡Pardiez! ¡no es tan difícil adivinarlo! sucede que esos señores vuelven á conspirar y de lo lindo.—Los señores... —Sí, sí, los nobles, esos... No quiero acabar, aunque afortunadamente no pertenecéis á esa nobleza.

Michel se puso encendido como una amapola.—¿Dices que los nobles conspiran, Courtin?—Si así no fuese, ¿á qué vendrían esas reuniones nocturnas? Que se reúnan durante el día para beber y hartarse como buenos holgazanes, santo y bueno, la autoridad nada tiene que ver en ello; pero cuando se celebran esos conciliábulos... ¡Oh! aquí hay gato encerrado. Y ¡cuanta conmigo! les tengo echado el ojo, soy alcalde, y si no tengo el derecho de embargar los perros puedo en cambio encerrar á los hombres en una mazmorra: en este punto estoy enterado del código.—¿Y dices que el señor de Souday suele concurrir á esas reuniones?—¡Pues nó! sería de ver que un viejo *chuan* como él no asistiese á esas juntas: un antiguo ayudante de campo de Charrette. ¡Vaya! que venga á reclamar los perros, y veréis cuán lindamente lo mando á Nantes con sus Lobas; veremos si saben ellas explicar qué hacen corriendo de noche por esos cerros.

—¡Pero dime, infeliz! exclamó Michel con una impetuosidad que le delató á ojos vistas, ¿no me has dicho tú mismo que si correteaban era con el santo objeto de socorrer á los pobres enfermos?

Courtin retrocedió un paso, y señalando con el dedo á su amo y riendo con el aire acostumbrado, díjole:

—¡Ya os he cogido, señor barón! ¡caisteis en el lazo!—¿Cómo? ¿qué quieres decir?—Nada; que os interesáis mucho por ellas.—¿Yo?—Sí tal. ¡Oh! no creáis por eso que os reprobe yo el gusto; muy al contrario: por más *señoritas* que sean, no seré yo quien trate de negar su hermosura. Vamos, no os ruboricéis de este modo, ¡qué diantrel diríase que acabáis de salir del seminario: vos no sois clérigo, diácono ni vicario, sinó un gallardo mancebo de veinte años. Atacad de frente, sin vacilar, señor Michel; muy melindrosas y descontentadizas han de ser para rechazaros...—Pero, ¿qué estás diciendo? Supuesto que fuese esa mi intención, has de saber que no las conozco, ni tampoco al marqués su padre. ¿Crés suficiente haber encontrado á dos jóvenes en un paseo para presentarse á ellas sin más ceremonias?—¡Ah! ya comprendo: esa gente no tiene un cuarto, pero sabe darse tono, repuso Courtin con acento burlón: entonces es preciso buscar un medio, un pretexto cualquiera. Reflexionad, señor barón, reflexionad; vos que sois tan sabio, vos que habláis el latín y el griego y habéis estudiado el código, necesariamente encontraréis algún medio para salir del paso.

Michel movió la cabeza con aire de duda.

—¡Ah! repuso Courtin, ¿con que no dais en el *quid*?—No he dicho eso, respondió vivamente el barón.—Ya, pero lo supongo; gracias á Dios no es tan viejo un hombre á los cuarenta años que no se acuerde de lo que hizo á los veinte.

Nada contestó Michel, y permanecía cabizbajo en tanto que el aldeano le miraba de hito en hito.

—¿Con que no se os ocurre un medio? Pues á mí sí.—¿De veras? exclamó el mancebo levantando la cabeza.

Mas comprendiendo que acababa de soltar una expresión imprudente, añadió encogiéndose de hombros.

—¿De dónde has sacado que yo tenga empeño en penetrar en el castillo?

—Y este medio, continuó Courtin como si su amo nada hubiese dicho, este medio es el siguiente:

Michel afectaba indiferencia, pero escuchaba con suma atención.

—Vos decís á Courtin: «Amigo mío, te equivocas sobre tus derechos; ni como alcalde, ni como propietario, te está permitido embargar los perros del marqués de Souday: cierto que tienes derecho á exigir una indemnización; pero no reñiremos por eso.» A lo cual Courtin responde: ¡No faltaba más, señor Michel! con vos sobran las palabras: todo el mundo conoce vuestra generosidad.» Entonces vos añadís: «Dame los perros, y me encargo de lo demás.» Y yo os contesto: «Ahí los tenéis, señor Michel; y en cuanto á la indemnización, ¡qué diantre! mucho será que con un par de amarillitas no se arregle el negocio: nadie quiere la muerte del pecador, ni es menester llevar las cosas al último extremo.» En seguida escribís una esquelita al marqués, noticiándole tener los perros en vuestro poder y que vais á mandárselos por Pelicofre ó por la Comadreja, con lo cual no puede dispensarse de ofrecerlos su habitación; á menos que para mayor seguridad prefiráis llevárselos vos mismo. —¡Perfectamente, Courtin! dijo el joven, dame los perros, y los mandaré al marqués; no para que me invite á entrar en el castillo, pues tus suposiciones son gratuitas, sino porque entre vecinos es preciso obrar con buena fe y cortesanía. —Corriente, supongamos que nada he hablado. Pero no me retracto de cuanto he dicho de las señoritas de Souday. ¡Cáspita! ¡vaya un par de lindas mozas! En cuanto á la indemnización.....—Toma, dijo sonriéndose el joven, es muy justo; hé aquí la indemnización del perjuicio que te han ocasionado los perros pasando por *mis* tierras y comiéndose la mitad de la liebre que Berta mató.

Y así diciendo dió al colono tres ó cuatro luises, los únicos que llevaba.

Era tal su alegría por haber encontrado Courtin el medio que él buscara inútilmente, que le habría dado mayor suma á tenerla en el bolsillo.

Courtin tendió una mirada inteligente á los luises que acababa de recibir á título de *indemnización*, y entregando la trailla al barón: echó á andar con apresurado paso.

Mas á corto trecho retrocedió diciendo á su amo.

—Creedme, señor Michel, no os enredéis con esa gente, recordad lo que os he contado há poco tiempo de los conciliábulos misteriosos de los señores en Tourfou y en Montaigu;

yo soy quien os lo dice, señor Michel, antes de quince días habrá jaleo.

Dicho lo cual prosiguió su camino tarareando *la Parisiense*, cuya letra y música eran de su particular agrado.

El mancebo se quedó solo con los perros.

X

EN EL CUAL NO TODO PASA COMO SE LO HABÍA FIGURADO EL BARÓN MICHEL.

Al pronto pensó el mancebo seguir el consejo de Courtin, esto es, mandar los perros al castillo de Souday por Policofre ó por la Comadreja, criados que así servían en el castillo como en la granja, y apodos que debían, el primero á lo bermejo de su pelo, y el segundo á la semejanza de su semblante con el hocico del animal cuya gordura ha celebrado Lafontaine en una de sus mejores fábulas.

Mas reflexionándolo bien, creyó que el marqués de Souday se limitaría á escribirle dándole las gracias, pero sin hacerle invitación alguna, en cuyo caso se habría malogrado la ocasión, mientras que si él mismo llevaba los perros á su dueño no podía menos de ser recibido, no siendo creíble que después de haber tenido la galantería de hacer seis ó siete kilómetros de camino para restituir unos perros al dueño que los daba por perdidos y los tenía en grande estima, no se le convidara siquiera á descansar un rato y á dormir siendo avanzada la hora.

Sacó Michel el reloj y vió que eran las seis y minutos.

Parécenos haber dicho que la baronesa de la Logerie había conservado la costumbre de comer á las cuatro, y debiéramos decir que la había contraído, pues en casa de su padre se comía á mediodía.

Quedábale pues al baroncito tiempo suficiente para ir al castillo si á ello se determinaba.

Pero era ésta una grave determinación, y ya hemos ad-